

Comentario a la obra *Jesús de Nazaret* de Josef Ratzinger/Benedicto XVI

Fr. Ricardo de Luis Carballada, OP
Profesor de la Facultad de Teología San Esteban
Salamanca

El Papa, autor de un libro¹

No es la primera vez que un papa publica un libro. Juan Pablo II, el antecesor de Benedicto XVI, lo hizo en la etapa final de su pontificado. Pero hasta donde alcanza mi conocimiento es la primera vez que un papa publica un libro de teología. La iniciativa, por desacostumbrada puede resultar extraña. Hay quien ha señalado sus peligros. Sobre todo en lo que puede tener de confusión de planos. El papa, que es la instancia última del magisterio doctrinal, se adentra en la esfera de la discusión y el debate teológico. Uno de los peligros es que algunos podrían estar tentados de otorgar al contenido del libro una autoridad doctrinal que ni la obra tiene y ni su autor pretende para ella.

Más allá de este riesgo, pienso que la publicación de la obra puede tener de positivo el hacer más visible que el papa no siempre actúa ejerciendo su autoridad pastoral. Hay ocasiones en las que, como un creyente más, habla desde su experiencia particular de fe. O como teólogo ofrece su reflexión para la discusión y el debate. El papa ejerce el ministerio de pastor de la iglesia universal. En el ejercicio de ese ministerio también puede ofrecer sus reflexiones de creyente para orientar y animar la fe de los que las lean. El papa es un creyente, que como él mismo dice en la obra, vive en la búsqueda del auténtico rostro de Dios. Y quiere compartir con los otros creyentes algunos hallazgos de su búsqueda.

En la presentación del libro el papa deja bien claro que la obra no es un acto de magisterio: *“Ciertamente no necesito decir que este libro de ninguna manera es un acto magisterial sino solamente expresión de mi búsqueda personal “del rostro del Señor” (Cfr. Sal 27,8). Por consiguiente cualquiera es libre de contradecirme. Solamente pido a las lectoras y lectores un anticipo de simpatía sin el cual no se puede dar ninguna comprensión”* ². Esta intención viene corroborada con el hecho de presentar la autoría del libro bajo la doble denominación de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI, y en donde probablemente con toda intención, el nombre del teólogo antecede a la denominación

¹ Ibidem, p 22.

papal. El libro no es un texto magisterial del papa. Es una reflexión personal de teólogo Joseph Ratzinger, y ahora papa Benedicto XVI.

El presente libro es la primera entrega de un proyecto que abarca la publicación de dos volúmenes dedicados a la persona de Jesús de Nazaret. El primer volumen, publicado en el mes de abril de este año en alemán, italiano y polaco, tiene como núcleo la vida pública de Jesús. Su ministerio, que se inicia con el bautismo y termina en la transfiguración que prefigura su muerte. El autor nos dice en la presentación de la obra que la infancia será abordada en el segundo volumen, en donde suponemos que se tratará también el acontecimiento pascual: la muerte y la resurrección.

Según se nos confiesa, la obra fue surgiendo en el interior de Josef Ratzinger desde hace mucho tiempo. Empezó a escribirla en el verano de 2003 y en el 2004 terminó el contenido de los capítulos 1-4. El resto fue completado, tras haber sido elegido papa, en los ratos libres que le permitía su ministerio.

Por no estar disponible la edición castellana cuando escribo este comentario, sigo la edición alemana. Joseph Ratzinger-Benedikt XVI, *Jesus von Nazareth. Erster Teil. Von der Taufe im Jordan bis zur Verklärung*. Herder, Freiburg 2007, 448 pp. Las referencias de las páginas corresponden a esta edición.

1.- Finalidad y contexto de la obra

La obra constituye una reflexión cristológica en la que desde las primeras páginas se advierten los rasgos que caracterizan el estilo teológico de Josef Ratzinger. Una reflexión profunda, expresada en un lenguaje sencillo y comprensible por todos. Un estilo literario construido con fuerza, que en ocasiones llega a afectar y apelar directamente al lector. La reflexión se desarrolla en diálogo crítico con las corrientes teológicas y filosóficas contemporáneas, y con el ambiente cultural de nuestro tiempo. Todo ello contribuye a lograr la síntesis entre pensamiento y vida; entre reflexión y vivencia de fe, que siempre caracteriza a la buena teología.

El objetivo y finalidad de la obra es ofrecer una interpretación de la figura de Jesús a partir de la confianza en los relatos del evangelio. Teniendo en cuenta los datos de la exégesis moderna *“quería hacer el intento de presentar al Jesús de los evangelios como el Jesús real, como el “Jesús histórico” en sentido propio. Estoy convencido, y espero que también pueda verlo el lector, que esa figura es mucho más lógica, y desde el punto de vista histórico más comprensible, que las reconstrucciones con las que hemos sido confrontados en las últimas décadas”*²¹

Desde el inicio el autor deja claro el marco que configura su reflexión. Se trata de salir al paso de la cesura operada entre lo que se viene denominando el Jesús histórico y el Cristo de la fe. Ratzinger indica que hasta los años 50 los libros sobre Jesús no disociaban su condición de Hijo de Dios de su dimensión humana. Ambas correspondían a la misma persona y se presentaban unidas. Pero a partir de los años 50, y como consecuencia del avance de las investigaciones histórico-críticas, se comienzan a disociar ambas dimensiones. Las consecuencias de esta cesura son negativas para la fe.

² *Ibidem.*, p. 20.

En primer, lugar se tiene la impresión que es poco lo que podemos conocer de Jesús. La fe en Jesús se ve envuelta en un ambiente de incertidumbre. Además se piensa que lo que nos presentan los evangelios está falseado y no se corresponde con la historia “real de Jesús”. Sobre el texto del evangelio se levanta una atmósfera de sospecha y desconfianza. El resultado es que la fe ve amenazado su contenido y su fundamento. Si Jesús, contenido de la fe, pierde sus contornos precisos, la fe misma se desdibuja. Si la vida de Jesús se presenta como algo incierto e impreciso, es difícil que esa vida pueda seguir motivando a la relación viva con él.

El autor de la obra expresa su diagnóstico de modo sumario en el siguiente texto: *“Como resultado común a todos estos intentos permanece la impresión que, en todo caso, sabemos poco con seguridad de Jesús, y que la fe en su divinidad ha configurado posteriormente su imagen. Entre tanto esta impresión ha penetrado en la conciencia general de la cristiandad. Tal situación es dramática para la fe porque su centro auténtico se vuelve incierto: La amistad íntima con Jesús, de la que depende todo, amenaza con caer en el vacío”*³.

Ratzinger remite al conocido biblista alemán Schnackenburg para afirmar que un acercamiento a Jesús desde la perspectiva puramente histórica es insuficiente. Sin su anclaje en Dios, eje de su persona y de su vida y su obra, no se puede aclarar del todo la persona de Jesús. Por eso la perspectiva desde la que está escrita la obra es ver *“a Jesús a partir de su comunidad con el Padre, que es el auténtico centro de su personalidad, sin el cual no se puede entender nada y a partir del cual Él también se nos hace presente hoy”*⁴.

2. Límites del método histórico-crítico

Lo dicho anteriormente puede levantar la impresión que Ratzinger no reconoce el valor del método histórico-crítico y la importancia de sus aportaciones en el conocimiento de Jesús. Pero este no es el caso. Parafraseando al autor, el método histórico-crítico constituye una dimensión irrenunciable del trabajo teológico, pues la fe de la Biblia se asienta en la historia. Pero reconociendo su valor irrenunciable, también se indican sus límites.

En primer lugar, y de modo general, Ratzinger señala que al método histórico crítico le corresponde una parte de la interpretación del texto bíblico pero no agota todo el sentido de la interpretación, al menos para quienes reconocen a la Biblia como un libro inspirado. Concretando los límites de este método, el autor del libro indica tres: 1) En primer lugar deja la palabra del evangelio en el pasado. No es que la reconozca como pronunciada en el pasado, es que la deja en ese pasado, al interesar solamente la relación de esa palabra con su contexto histórico. De este modo no son capaces de “actualizarla”, de hacerla resonar hoy. 2) En segundo lugar, su objeto de estudio es solamente la palabra humana y no el “plus” que contiene. La teología reconoce hoy que la palabra de Dios es pronunciada en palabra humana. Acceder a la palabra de Dios significa acoger la palabra humana en la que se expresa, pero también ir más allá de ella. 3) Por último, el método

³ *Ibidem.*, p. 11

⁴ *Ibidem.* p. 19.

histórico-crítico se centra en un texto concreto, pero no lo ven en relación con todos los otros textos de la Escritura, con los que forma una unidad.

A causa de estas limitaciones, el método histórico-crítico se tiene que completar con otros métodos. Ratzinger apunta a la llamada “exégesis canónica”, desarrollada en Estados Unidos hace 30 años, y que tiene como objetivo la lectura de textos particulares de la Biblia desde la perspectiva de la totalidad de la Escritura. En esa totalidad los libros de la Biblia no se encuentran sólo en relación con su contexto histórico, sino también con otros textos, a los que completan, amplían, y glosan. De este modo se percibe que la Palabra permanece abierta en un proceso de desarrollo en el que unos textos remiten a otros.

La relación de unos textos con otros, muestra que el autor del libro no es un sujeto aislado sino un sujeto colectivo, miembro de una tradición. *“El autor no habla como un sujeto privado y cerrado sobre sí mismo. Habla en una comunidad viva que él no ha hecho que no es hecha por el colectivo sino que actúa una fuerza directora”*⁵.

Desde esta perspectiva se puede decir que el autor de la Escritura es un triple autor: el autor material del texto, el pueblo de Dios al que pertenece ese autor, Dios que conduce a ese pueblo.

3.- Estructura de la obra

En la obra su contenido se ha organizado en diez capítulos, que son los siguientes:

1. Bautismo
2. Tentaciones
3. Reino de Dios
4. Bienaventuranzas
5. Padrenuestro
6. Discipulado
7. Parábolas
8. Imágenes del evangelio de Juan (agua, vid, sarmientos, pan, pastor).
9. Confesión de Pedro y Transfiguración
10. Autodenominaciones de Jesús (Hijo del hombre; hijo, yo soy).

Esta breve indicación de la distribución deja ver que la obra recorre algunos momentos de la vida y misión de Jesús, para terminar analizando en los tres últimos capítulos la cristología contenida en el evangelio, y que se expresa en las imágenes joánicas y en los títulos cristológicos.

Como ya se ha indicado, el autor deja la reflexión sobre la infancia de Jesús para un segundo volumen. Y es de suponer que en ese volumen se trate la muerte y resurrección. Y también la cuestión de los milagros. Llama la atención que no haya sido tratada en este volumen en el que tiene tanta presencia el ministerio público de Jesús.

⁵ *Ibidem.*, p. 13

Comenzar la presentación de Jesús por su ministerio público, es coherente con el proyecto del autor. Se trata de comprender el significado de su persona tal y como lo presentan los evangelios. Es en la realización de la misión recibida de Dios Padre, en dónde Jesús se da a conocer en la peculiaridad de su vida.

4.- Contenido de la obra

La obra comienza con una presentación, que viene seguida de una introducción en la que Jesús es presentado como el nuevo Moisés. Esta perspectiva, situada al inicio de la obra, se hará presente repetidamente en su desarrollo. Y sobre todo será la clave que Ratzinger utiliza para interpretar la medianidad de Jesús. Jesús es el Mesías que trae la salvación. Pero esta salvación no consiste en la eliminación de todos los problemas y dificultades, sino en la universalización de la Alianza, la apertura del pacto de Ywhw con Israel a todos los pueblos.

Moisés es caracterizado como profeta. Y en el texto del Deuteronomio en el que se promete un nuevo profeta (Dt. 18) se presenta la especificidad del profetismo de Israel, que no consiste en las prácticas adivinatorias. El profetismo bíblico se caracteriza por la relación con Dios. Lo central en el profetismo de Israel no se encuentra en la predicción del futuro sino en mostrar el rostro de Dios. Moisés es un gran profeta no por realizar grandes hazañas sino por haber dialogado con Dios.

Pero tal y como se nos dice en la Escritura, Moisés no ve a Dios cara a cara sino sólo su espalda. Por eso, el nuevo Moisés tendrá que ser el portador de una nueva Alianza en la que Dios entero se haga presente y se comunique de modo pleno. Esto se realiza en Jesús. La relación con Dios es el centro de su persona y la clave para comprender su vida y su misión. Dejando a un lado su relación con Dios Padre no será posible entender quién es Jesús.

Tras la introducción el libro comienza con el bautismo de Jesús. En esta parte se describe la situación socio-religiosa de Israel en tiempo de Jesús y se presenta el significado de su bautismo. Ratzinger pone el bautismo de Jesús en relación con su muerte y resurrección. De este modo anticipa lo que después va a suceder en la cruz. Puesto que la práctica bautismal de Juan era central la confesión de los pecados, Jesús, al ponerse en la fila de los pecadores, se solidariza con el pecado humano para liberarnos.

El descenso de Jesús al reino del pecado se continúa en el pasaje de las tentaciones, que comprende el segundo capítulo del libro. El descenso a los infiernos pertenece a la historia de Jesús y le acompaña a lo largo de todo su ministerio. Las tres tentaciones tienen como núcleo y denominador común la soberanía de Dios y su centralidad en la vida humana. Se trata de decidir si se puede construir el mundo y la vida apartando a Dios y dejándole en el ámbito de la ilusión, o si se puede acoger y cumplir su voluntad.

La primera tentación se refiere a dar prioridad a las realidades materiales y ponerlas por encima de Dios. Jesús no quita importancia a lo material pero establece un orden, priorizando la realidad de Dios ante lo que se subordina todo lo demás. En la segunda tentación se interpreta perversamente un texto de la Escritura. Es la tentación de manipular la palabra de Dios para adaptarla a nuestros deseos. La tercera tentación es la

tentación del poder. De extender el reino con el poder y no con la impotencia. Esta tentación atraviesa toda la vida de Jesús.

El tercer capítulo está dedicado a la relación de Jesús con el Reino de Dios. Jesús anuncia el Reino, el evangelio. Se denominaba evangelio al mensaje que procedía del emperador. La palabra evangelio guarda relación con la autoridad de su procedencia. Los evangelistas se la aplican a Jesús guardando este sentido. Si al emperador se atribuye el evangelio, en el sentido que su palabra se tiene que cumplir y realizar, con más razón en Jesús. Su palabra es palabra actuante. El término evangelio, aplicado al mensaje de Jesús, expresa que la palabra de Jesús realiza lo que anuncia.

El término Reino ha tenido distintos significados. Orígenes lo utilizó para designar la persona de Jesús (que es la *autobasilea*). También se ha designado como Reino de Dios el interior del ser humano y la iglesia. Por último se le ha interpretado como un mundo en justicia y paz. Frente a esta interpretación utópico-política de la idea de Reino de Dios, Ratzinger advierte que si Dios desaparece del horizonte humano perdemos la instancia que nos indique en qué consiste la justicia y la paz. En la interpretación utópico-política de la idea de Reino de Dios parece que Dios desaparece de esta propuesta. Pero Jesús anuncia el Reino de Dios, no cualquier Reino. El autor recuerda que cuando Jesús habla del Reino habla de Dios. De un Dios que actúa en la historia y por eso su traducción más precisa sería el señorío de Dios.

El capítulo cuarto de la obra es el capítulo más extenso, y en mi juicio, el centro del libro. Comienza con un análisis de las bienaventuranzas, para continuar con una presentación de la mesianidad de Jesús en la que éste aparece como la nueva ley y el nuevo templo.

Las bienaventuranzas son palabras de promesa. Ratzinger las presenta como una proclamación principalmente dirigida a sus discípulos. Ellos son los pobres, los hambrientos, los que lloran... En este sentido son cualificaciones del discipulado y su contenido se hace realidad en la vida del discípulo. También tienen un contenido cristológico. Son una síntesis de la biografía de Jesús, que es el pobre, el pacífico, el manso y el limpio de corazón...

Tras un comentario muy sugerente de cada una de las bienaventuranzas, Ratzinger subraya que son expresión de la Torá del nuevo Mesías. Jesús como nuevo Moisés pronuncia una Torá. En esta promulgación destaca la autoridad con la que Jesús habla y el subrayado del "yo os digo" que se repite en todos los evangelios. De este modo, es Jesús, es su persona, la Torá, que conduce a la relación con Dios. La Torá de Jesús no quita nada a la anterior, pero le añade el significado de la obra de Cristo.

Ratzinger recurre la obra del judío Jacob Neusner, *A Rabbi talks with Jesus* (New York 1993) para expresar el sentido de la medianidad de Jesús. En esta obra un rabino se siente a escuchar a Jesús que pronuncia las bienaventuranzas. Posteriormente le acompaña y dialogará con él. Se siente fascinado por su mensaje pero al final decide permanecer en el Israel eterno. Lo que al protagonista de la obra de Neusner le asusta de Jesús, es que añada su yo, su persona, a la ley. Como aparece en las palabras que le dirige al joven rico: sígueme a *mi*.

Neusner ha captado que la novedad del evangelio consiste en la persona de Jesús. Y por eso en los evangelios Jesús personifica las tres grandes instituciones del judaísmo: la Torá, el templo y el sábado. Una de las consecuencias de este modo de entender a Jesús es que sus discípulos, y con ellos la Iglesia, son presentados como el nuevo Israel

El capítulo quinto está dedicado al análisis del Padrenuestro. La oración es el medio de la relación con Dios. Jesús con las palabras del padrenuestro nos conduce a relacionarnos con Dios. En este capítulo Ratzinger sale al paso de la cuestión de la imagen materna de Dios. Destaca que en la Escritura nunca el creyente se dirige a Dios como una madre en la oración. Es cierto que el comportamiento de Dios es descrito en la Escritura como un comportamiento maternal, pero nunca se invoca a Dios madre. La razón es que la paternidad subraya y expresa mejor que la maternidad, la trascendencia y la distancia entre el creador y la criatura.

El capítulo sexto tiene como tema el discipulado. Jesús llama a sus discípulos para que anuncien el evangelio. Ese anuncio no se agota en doctrina y enseñanza sino que consiste en un acontecimiento. El contenido del acontecer del evangelio es la victoria sobre las fuerzas del mal, que se concreta en la realización de exorcismos y en la sanación y curación del ser humano.

En el capítulo séptimo se analizan las parábolas y se explican algunas de ellas. El lenguaje parábólico es un modo de presentar la presencia oculta de Dios en el mundo.

Josef Ratzinger también se adentra en la problemática de los escritos joánicos. Tras un repaso sobre el estado actual de la investigación, se subraya la influencia judía en este evangelio y su trasfondo litúrgico. Una de las categorías principales del evangelio de Juan es al de la memoria, que es definida por Ratzinger como el recuerdo que comprende.

El recorrido sobre el ministerio de Jesús acaba con el análisis de la confesión de Pedro y la transfiguración. Ambas escenas evangélicas nos presentan la mesianidad de Jesús en relación con su muerte en cruz.

El último capítulo de la obra es un análisis de las autodenominaciones de Jesús que aparecen en la Escritura (Hijo del hombre, el Hijo, “yo soy...”).

5.- Valoración de la obra

Josef Ratzinger, el papa Benedicto XVI, nos ofrece una sugerente y bella reflexión teológica sobre la persona de Jesús. Con un estilo sobrio, directo, pero que sabe transmitir emotividad cuando es necesario, el autor nos introduce en el significado del centro del contenido de nuestra fe.

La obra puede considerarse, en mi opinión, una meditación teológica sobre la persona de Jesús y algunos aspectos de su vida. Como meditación está concebida no sólo para enseñar e instruir, sino para profundizar y enriquecer nuestra relación con Cristo. Por ser teológica, la mirada meditativa sobre la figura de Jesús, se realiza desde la reflexión y el análisis. Una reflexión que parte de la confianza en lo transmitido por los evangelios. Una

confianza que no es ingenua, sino que parte del hecho que la mirada histórica pasa de largo del significado de la persona de Jesús. El historiador no es capaz de alcanzar lo que constituye el centro de la figura de Jesús, que es su relación con Dios

La cristología que Josef Ratzinger/Benedicto XVI desarrolla puede ser caracterizada de positivismo cristológico. Se trata de partir de la figura de Jesús tal y como nos la presentan los evangelios. Esto no quiere decir que haya que atender exclusivamente a la literalidad del texto, sin intentar comprender su sentido en toda su profundidad. Al contrario, Ratzinger realiza una lectura interpretativa de los textos o los hechos de la vida de Jesús que presenta en su obra. Esa interpretación se opera desde diversas claves. 1) En primer lugar atendiendo a la totalidad de la vida de Jesús, que resume su significado en la muerte y resurrección. Por expresar todo el significado de su persona, la muerte y resurrección de Jesús no aparecen solamente al final de su vida, sino que están presentes en su origen y en los diferentes momentos de su misión. De este modo, Ratzinger introduce una referencia a la muerte en el momento del bautismo, o en la explicación del significado de las bienaventuranzas. 2) El significado de su persona se encuentra en su condición de Mesías. Ésta no puede ser entendida sin la referencia a la historia de la salvación que le precede y que está recogida en las Escrituras. Desde ella Jesús aparece como el nuevo Moisés que abre a todos los pueblos a la relación plena con Dios. Esta perspectiva constituye el núcleo del esquema teológico desde el que la primera comunidad, comprendió a Jesús y concibió los relatos que se encuentran a la base de los relatos evangélicos. Por esta razón nos ofrece un Jesús que se encuentra en continuidad con la fe de la primera comunidad.

Sin duda es el contexto teológico el que nos puede dar una imagen completa de Jesús. En este sentido Ratzinger acierta plenamente al señalar los límites del método histórico-crítico y completar su comprensión con un mirada teológica. Pero a mi juicio, es una cuestión pendiente el avanzar una propuesta de integración de ambas perspectivas.

La perspectiva histórica en el acercamiento a la vida de Jesús es un camino irrenunciable, como el mismo autor señala en la obra. Jesús fue un personaje histórico, situado en un determinado contexto, y del cual tenemos conocimiento por algunos vestigios. Es tarea del historiador reconstruir, a partir de los vestigios que poseemos, el desarrollo de su existencia. Esa reconstrucción nos ayuda a comprender mejor la vida de Jesús, el sentido de sus palabras, el alcance de sus acciones. Tarea del teólogo sistemático es integrar estos datos en su reflexión sobre Jesús. Una reflexión que tiene como eje la relación particular de Jesús con Dios, que es el contenido de su mesianidad.

El teólogo está remitido a la historia de Jesús no sólo porque la fe tenga una dimensión histórica, sino por vivir en una cultura marcada por la mentalidad ilustrada. Todos nos preguntamos por la verdad histórica de nuestra herencia cultural y religiosa. Y esa indagación, realizada con honestidad y rigor, no constituye una amenaza para la fe. Al contrario, la purifica y la refuerza. Pero, el historiador, o el exégeta que utilice el método histórico-crítico, sólo será de utilidad al pensamiento teológico, si admite que sus datos se tienen que integrar en el significado de Jesús para la fe y que viene dado por su filiación divina y su mesianidad.